

Mensaje cinco

**Vivir en el espíritu mezclado  
con miras a que se manifieste la realidad del Cuerpo de Cristo  
según se revela en Efesios**

(2)

Lectura bíblica: Ef. 2:22; 3:16-21

**III. Nuestro espíritu es la morada de Dios; somos “juntamente edificados para morada de Dios en el espíritu”—Ef. 2:22:**

- A. Debemos volver nuestra mirada al Señor esperando que Él tenga misericordia de nosotros y abra nuestros ojos para que veamos que el Dios Triuno procesado y consumado, como Espíritu vivificante, mora en nuestro espíritu y está mezclado con nuestro espíritu formando un solo espíritu con él—1 Co. 15:45; 2 Co. 3:17; Ro. 8:16; 1 Co. 6:17; cfr. Ap. 3:18.
- B. A los ojos de Dios, lo más placentero es ver que permanecemos en nuestro espíritu, la morada de Dios; a lo largo del día, estar “en el espíritu” debe ser lo que nos gobierne y dirija todas nuestras actividades; nuestro disfrute y experiencia más elevado consiste en que el Señor como Espíritu está en nuestro espíritu, y podemos disfrutarle en nuestro espíritu como la presencia de la gracia—Ro. 1:9; 8:16; Jn. 4:24; 2 Co. 2:13; 2 Ti. 4:22; Gá. 6:18.
- C. Nuestro espíritu regenerado, como morada y casa de Dios, es la base terrenal sobre la cual Cristo, la escalera celestial, está establecido; por tanto, siempre que nos volvemos a nuestro espíritu experimentamos a Cristo como la escalera que introduce a Dios en nosotros y nos introduce en Dios a fin de que se produzca la mezcla entre Dios y el hombre—Gn. 28:12-17; Jn. 1:51.
- D. Nuestro espíritu es el Lugar Santísimo, la morada del Cristo *pneumático*, quien, como corporificación del Dios Triuno, está tipificado por el Arca, dentro de la cual está el maná escondido (que representa a Dios Padre como la fuente divina de todo suministro), la vara que reverdece (que representa a Cristo el Hijo como la resurrección), y las tablas de la ley (que representan al Espíritu de vida como ley interna de vida)—Éx. 25:22; 26:33-34; He. 9:3-4; 10:19-22; Jn. 11:25; Ro. 8:2, 16:
  - 1. Mediante nuestra oración en el altar del incienso, la cual tipifica al Cristo resucitado en ascensión, entramos en el Lugar Santísimo —nuestro espíritu—, donde experimentamos a Cristo como el Arca del Testimonio con todo su contenido.
  - 2. Por medio de tal experiencia de Cristo en nuestro espíritu, somos incorporados a Él para llegar a formar parte del Cristo corporativo, que es el testimonio de Dios, con miras a Su manifestación—Éx. 38:21; 1 Co. 12:12.
- E. La realidad de la iglesia como Cuerpo de Cristo es una vida llevada en el espíritu mezclado:
  - 1. Nuestro espíritu es donde ocurre la edificación de la iglesia, la morada de Dios; la realidad de todas las cosas espirituales está en el espíritu; la iglesia misma está en el espíritu, la edificación de la iglesia se realiza en el espíritu y el testimonio eterno de la iglesia está en el espíritu—Ef. 2:22.
  - 2. Vivir en el espíritu es el secreto y la clave de nuestra vida cristiana y nuestra vida de iglesia; vivir en el espíritu es permitir que Cristo nos llene y sature hasta que empape todo nuestro ser y, así, Él sea expresado por medio de nosotros.

**IV. Nuestro espíritu es nuestro hombre interior, nuestra persona nueva, nuestro espíritu nuevo, nuestro nuevo hombre; debemos orar pidiendo ser fortalecidos con poder en el hombre interior a fin de que se manifieste la realidad de la vida del Cuerpo; dicha realidad es la experiencia subjetiva que tenemos del Cristo que mora en nosotros como vida para la gloria de Dios en la iglesia—3:16-21:**

- A. Efesios 1 revela que nuestro espíritu es un órgano que nos permite recibir revelación concerniente a la iglesia; en Efesios 3 vemos que nuestro espíritu es una persona, el hombre interior, lo cual nos permite experimentar a Cristo por el bien de la iglesia; nuestro espíritu regenerado, donde mora el Señor como Espíritu y con el cual éste se ha mezclado, es nuestro hombre interior:
1. Antes que fuéramos regenerados, nuestra persona era nuestra alma, nuestro viejo hombre; después de nuestra regeneración, nuestro espíritu nuevo, nuestra persona nueva, nuestro nuevo hombre, es nuestro hombre interior—Ro. 6:6; Hch. 2:41; He. 12:9b; Jn. 3:6; 2 Co. 4:16; Ez. 36:26.
  2. La realidad del Cuerpo de Cristo es la suma total de todas las personas nuevas que están en nuestro interior, es decir, la totalidad de nuestros espíritus, lo cual dará por resultado una gran persona corporativa, un gran Dios-hombre, el Cuerpo de Cristo como un solo y nuevo hombre, cuya consumación será la Nueva Jerusalén como la nueva invención y la nueva creación del Dios Triuno—He. 12:9b; 2 Co. 4:16; Ef. 2:10, 15; Col. 3:10-11; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15; Ap. 21:2.
- B. Cuando somos fortalecidos en nuestro hombre interior, Cristo como Espíritu que mora en nuestro espíritu suministra, satura, posee y controla todas las partes de nuestro corazón para convertirse en la persona nueva que habita nuestro corazón—Ef. 3:16-17.
- C. Efesios 3:17 revela que el Dios Triuno ha entrado a nuestro ser con el propósito de realizar una obra de edificación consigo mismo como el elemento y también con algo de nosotros como el material; esto es ilustrado por la parábola del sembrador en Mateo 13:
1. El Señor se siembra a Sí mismo como simiente de vida en el corazón de los hombres, el cual es el suelo, a fin de que Él crezca y viva en ellos y pueda expresarse desde el interior de ellos; la simiente es sembrada en el suelo a fin de crecer con los nutrientes del suelo, produciendo así una composición que contiene tanto los elementos de la simiente como del suelo que la recibió—vs. 3, 23.
  2. En nosotros tenemos ciertos nutrientes que Dios creó en preparación a Su venida a nuestro ser para crecer en él; Dios creó el espíritu humano así como los nutrientes humanos y el corazón humano para que éste sirviera de suelo a la simiente divina—cfr. 1 P. 3:4.
  3. La tasa de crecimiento que experimentamos en la vida divina no depende de la simiente divina, sino de cuántos nutrientes le proveamos a esta simiente; cuanto más nutrientes suplamos, más rápidamente la simiente podrá crecer y florecer—Sal. 78:8; Mt. 5:3, 8:
    - a. Si permanecemos en nuestra alma, en nuestro hombre natural, no habrá nutrientes para el crecimiento de la simiente divina, pero si somos fortalecidos en nuestro hombre interior y estamos atentos a nuestro espíritu y lo ejercitamos, los nutrientes serán suministrados y Cristo hará Su hogar en nuestros corazones—Ef. 3:16-17; Ro. 8:6; 1 Ti. 4:7; cfr. Jud. 19.
    - b. Para que el Señor crezca en nuestro ser como simiente de vida hasta llegar a ser nuestro pleno disfrute, nosotros tenemos que abrirnos al Señor de manera absoluta y cooperar con Él en todo aspecto para que nuestro corazón sea escudriñado cabalmente—Mt. 13:3-9, 19-23.
  4. Por un lado, Dios nos fortalece consigo mismo como el elemento, y por otro, nosotros suplamos los nutrientes requeridos; mediante estas dos cosas, Dios en Cristo lleva a cabo Su edificación intrínseca, la edificación de Su hogar, en todo nuestro ser.
- D. Al hacer Su hogar en nuestro corazón, Cristo hace que conozcamos Su amor que excede a todo conocimiento de tal modo que seamos llenos hasta la medida de toda la plenitud del Dios Triuno a fin de que Él obtenga Su expresión corporativa, Su glorificación—Ef. 3:19-21; cfr. Gn. 24:47, 53, 61-67.